

Los padres, factor importante y decisivo en la recuperación de inadaptados

ISABEL DIAZ ARNAL

Tengo experimentado con frecuencia el impacto que produce en el seno familiar la llegada de un hijo que no reúne las condiciones de los niños normales. La sensibilidad paternal, herida e irritada desde todos los ángulos, obliga a pasar a los padres por una escala de estados de ánimo que se suceden desde el decepcionamiento a plenitud hasta la esperanza ingenua, totalmente alejada de la realidad; ninguno de los dos extremos está justificado, ni la presencia de un niño o joven inadaptado en la familia debe conducir a esas situaciones límite.

Hay que ser realistas, y así como una enfermedad corporal de cierta importancia puede ser más limitada en el tiempo y en sus consecuencias que la inadaptación mental, física o caracterial, sin embargo, su curación dependerá de la atención que se preste al que la padece; si los cuidados que se prodigan al enfermo no son todo lo adecuados que éste requiere, la enfermedad, en lugar de hacer crisis de manera definitiva, franca, lo hará condicionada por las atenciones escasas o malamente dispensadas al paciente, que no se restablecerá con el vigor esperado, sino que lo hará débilmente, con recaídas continuadas y quizá sujeto ya de por vida a un estado de predisposición enfermiza que le esclaviza para siempre.

De la misma manera, si a un inadaptado o deficiente no se le atiende desde el momento en que se le descubre, se inutiliza en gran parte su desenvolvimiento posterior y se le hacen perder el mayor y mejor número de posibilidades para recuperarse; ni la decepción extrema, que niega toda posibilidad de actuar en favor de aquél, ni la esperanza fantástica de que el tiempo obrará el milagro de la recuperación de manera espontánea son puntos de apoyo para comprender y ayudar al niño inadaptado.

Es, pues, importante y decisiva la labor de los padres por las razones siguientes:

a) Por ser la familia el primer ambiente en que se manifiesta la inadaptación del chico.

b) Porque es un deber de los padres ayudar al hijo inadaptado; difícilmente harán los extraños lo que los padres no hagan por él (sociedad, instituciones, etc.), sin que esto quiera decir que la familia haya de estar siempre sola en la resolución de este problema.

c) Porque la actuación familiar adecuada facilita y amplía la reeducación, incluso en los casos más profundos, antes y después de frecuentar un centro de educación especial.

d) Porque la adaptación del niño, atendido debidamente por su familia, es más verdadera en el fondo y en la forma y su ensamblaje en el medio social es suave y se realiza de modo más natural.

Aunque las razones enumeradas en pro de la importancia de la actuación parental se comprende fácilmente, detallamos brevemente cada una de ellas.

El primer ambiente en que el niño vive y del que tiene experiencia es la familia; descartamos las inadaptaciones intelectuales o de carácter que surgen precisamente como consecuencia de la orfandad. El inadaptado o deficiente nace en una familia y ésta es la que comprueba, desgraciadamente, su desvío de la normalidad, comprobación que será tanto más notoria cuanto mayor sea el grado de inadaptación o deficiencia del niño.

En la familia es donde se descubre, lo mismo si tiene lugar en el comienzo de la vida del pequeño que si es consecuencia de una situación posterior al nacimiento—accidente, enfermedad, etcétera—; en ocasiones, cuando la inadaptación es mediana o ligera, no la detecta la propia familia y es el ambiente escolar el que la pone de manifiesto, al surgir dificultades en el aprendizaje y convivencia del niño en el ambiente escolar; la familia, medio más restringido y regido por otra clase de vínculos, no dejaba apreciar lo que ha puesto en claro el acceso a la escuela, que amplía el círculo de las relaciones sociales infantiles. Pero, aun en este caso, el chico sigue participando de la vida familiar y ésta continúa obrando en él con su influencia directa.

Es un deber paternal el sacar adelante a los hijos. Con los medios de que dispongan y a tenor de sus circunstancias particulares, la preocupación por los hijos es tarea y prerrogativa de los padres. Lo es respecto de los hijos normales y, como es natural y con mayor motivo, de los hijos que, por diversas causas, se encuentran en desventaja frente a los demás.

El trato continuo con padres que se encuentran en esta situación me ha permitido escuchar frases como esta: «Yo le pido a Dios que antes

que me vaya de este mundo me lo lleve por delante, porque esto es sólo para una madre»; expresión que no indica, ni mucho menos, el deseo de liberación de una carga demasiado pesada, sino que refleja la entrega y afecto profundo por el hijo deficiente que, si no ha de disfrutar de los cuidados ilimitados de una madre, prefiere que le acompañe cuando ella le falte.

Por otra parte, es tan marcada la huella que imprime la dedicación familiar al deficiente dentro del hogar, que es muy difícil desprenderse de la compañía y convivencia de él por su caudal afectivo, cuando los padres y hermanos le han tratado desde el principio de modo adecuado.

La preocupación correcta por el niño inadaptado en el seno de la familia facilita su recuperación y amplía el cauce de posibilidades. En efecto, todos los días estamos viendo el contraste entre el niño que ha tenido la suerte de ser comprendido y ayudado por sus propios padres desde los primeros momentos y aquel otro que a causa del abandono ha perdido el tiempo precioso de su primera infancia. La pérdida de años en progresión aritmética acarrea la pérdida de posibilidades en progresión geométrica.

El seno familiar, el ambiente hogareño, no sólo conserva las posibilidades de desarrollo del niño, sino que al ejercitarle se las mantiene en forma y tensión para cuando hayan de ser adiestradas en el centro educativo especial mediante tratamiento pedagógico curativo adaptado a la inadaptación del pequeño.

Este entrenamiento o habituación que la familia puede realizar, asesorada convenientemente, constituye una fuente de bienestar para el hijo deficiente, estímulo para sus facultades y aptitudes, cualesquiera que ellas sean, y, al mismo tiempo, lo preparan para una dedicación posterior extrafamiliar; ésta completará con éxito la reeducación y la hará más rica en posibilidades, habida cuenta de la limitación personal del pequeño. Pero, incluso en los grados profundos, es decisiva la actitud que la familia adopte en los primeros momentos.

Muy distinto es el reverso de la situación descrita. El niño que permanece en pasividad extrema, cuya familia desconoce hasta el más elemental modo de obrar, que le da de lado en todo lo que no sea el cuidado material e higiénico, está condenado de por vida a ser un inútil y a no cuadrar nunca en ambiente social alguno por elemental que sea; consciente o inconscientemente le hacen un desgraciado sin recursos para salir de su estado de inferioridad. La falta de actividad le impide no sólo mejorar sino aun conservar las facultades, pocas o muchas, de que dispone, restándole posibilidades de desarrollo futuro; lo que no se ejercita se va atrofiando, va teniendo mayor torpeza y su capacidad general se reduce progresivamente.

El asistir a un centro de educación especial no salva totalmente esta actuación familiar deficiente porque, como carece de la base prima-

ria en qué apoyar los esfuerzos pedagógicos curativos, las actividades previas a que es necesario dedicarle son las que corresponden a los años en que estuvo inactivo en la familia. La lentitud en el aprendizaje, característica de los deficientes mentales, unida al acortamiento de la edad óptima para el tratamiento (por haberse malogrado los primeros años) hace que las posibilidades se reduzcan, en el mejor de los casos, al cincuenta por ciento.

De aquí se deduce con toda evidencia cómo la actuación familiar bien dirigida puede ampliar, y de hecho amplía, el margen de recuperación del inadaptado, mientras que la abstención o inadecuación de la actitud parental estrecha y limita la reeducación del propio hijo.

Por último, *no hay adaptación verdadera si no arranca del propio hogar*, del ambiente familiar del inadaptado. El porqué de esta afirmación está en la propia limitación del niño; ya para un niño normal la vida familiar supone el punto de apoyo, el núcleo afectivo, la base más firme para llegar a su madurez personal, y eso que en este caso la inteligencia suple las deficiencias que en otro orden pudieran existir; el niño normal se adapta sólo y se adapta bien una vez llegado el momento de insertarse en la sociedad.

En cambio, el deficiente e inadaptado que no es capaz de adaptarse por sí mismo (pues unas veces la inteligencia mermada y otras sus alteraciones afectivas dificultan la adaptación), necesita la convivencia del hogar, la participación en la vida de familia para asentar lo más posible su personalidad y habituarse durante bastante tiempo a la vida en común, con sus responsabilidades pequeñas, sus actividades de relación y trabajo participado. Lo que no se habitúa a hacer dirigido por los miembros de su familia, sobre todo los deficientes mentales, él no lo intuirá por sí solo ni se lanzará a hacerlo de *motu proprio*.

Y lo que es más importante todavía: el móvil de toda su actividad es la relación afectiva que le une a sus familiares, único resorte que le estimula y mueve a obrar, puesto que la reflexión en el deficiente mental no cuenta. Resorte poderoso y singular que compensa el déficit de su inteligencia con una superabundancia de afectividad, base principal de la reeducación.

La abertura al exterior de la familia, simultánea o realizada posteriormente a la acción educativa del hogar, da frutos copiosos. La carencia de vida familiar por internamiento en instituciones desde edad demasiado temprana malogra en parte la verdadera adaptación. Otra cosa muy distinta es la adaptación del niño que vive con su familia, convenientemente asesorada, y que asiste al centro sin abandonarla. Su adaptación es verdadera porque, además de las fórmulas sociales automáticamente aprendidas por el ejercicio repetido, es capaz de hacer uso de sus pequeños recursos personales a medida que avanza

en la vida de convivencia estrecha e íntima del ambiente familiar. La adaptación, en este caso, se da desde dentro hacia afuera; el pequeño inadaptado se va asemejando gradualmente al modo de ser del niño normal.

Cuando el niño ha sido separado de la familia en sus primeros años, la adaptación resulta algo externo, sin apoyo en el interior de la personalidad, es algo superficial, como una capa que puede resbalar, en cuanto deje de ejercitarse por no haber echado raíces en la intimidad personal. El niño que goza del calor familiar al comienzo de su reeducación, orilla este peligro porque sus vivencias en el interior del hogar han coloreado afectivamente esos actos, aprendiendo a hacerlos en la vida misma natural y espontáneamente.

La diferencia es notable y no puede desdeñarse si se quiere verdaderamente una reeducación en la amplitud y profundidad que el grado de la inadaptación o deficiencia del niño lo permita.

Ahora bien, la familia necesita de una orientación práctica, los padres exigen un asesoramiento eficaz que les ponga en camino de ayudar al hijo inadaptado y cooperar con el centro educativo especializado. En el Congreso de Beirut del BICE, celebrado en abril de 1963, se decía taxativamente, refiriéndose a los derechos del niño inadaptado:

«Igual que cualquier otro niño, el niño inadaptado tiene un derecho incondicional a la vida, cualquiera que sea su handicap. LA FAMILIA DEBE SER PREPARADA Y AYUDADA PARA ACOGERLO. La ayuda que el Estado debe prestarle a este respecto no desembocará a hacerla perder el sentido de sus responsabilidades y a desposeerla de su autoridad natural, sino a proporcionar a los padres asistencia educativa y asesoramiento en el plano psicopedagógico y sanitario.»

A este fin se enumeran los siguientes

PRINCIPIOS EDUCATIVOS VALIDOS PARA CUALQUIER TIPO DE INADAPTACION

La serie de notas que van a seguir como orientación práctica de la actuación parental, a solas o en colaboración con una institución de reeducación, se extienden por igual a los inadaptados físicos o sensoriales, a los mentales y a los difíciles o caracteriales, ya que constituyen la base o fundamento esencial de toda actuación pedagógica especializada. Las particularidades que imponen una diversificación de actividad referida a un tipo determinado de inadaptación o insuficiencia las consignaremos en otro trabajo.

1. *Creencia firme, confianza absoluta* en que la acción educativa sabiamente llevada, bien orientada y tenazmente perseverante desemboca en la reeducación verdadera del niño, alcanzando para él el nivel humano que le pertenece, ha-

bida cuenta de sus posibilidades y deficiencias. Sin este convencimiento, que no es fruto de sugestión o fantasía, sino que está arrancado de la realidad, no hay posibilidad de éxito; el contingente de niños readaptados que tuvieron la suerte de ser cogidos a tiempo dan fe de ello a cada paso.

El que hace una cosa por hacerla sin creer en ella ni estar convencido de sus resultados, actúa en balde y está ya fracasado desde el principio. Los que estamos acostumbrados a convivir con niños y muchachos inadaptados o deficientes profundos, ligeros o medios y les seguimos desde su llegada a la institución (a veces en estado lamentable) hasta el final de su reeducación, sabemos muy bien cuánto juega en esta labor de pedagogía terapéutica la certeza y la confianza en la perfectibilidad humana, cuya ignorancia invalida cualquier esfuerzo educativo.

Precisamente para afirmar el valor positivo del esfuerzo en favor del inadaptado y para sustentar la confianza en su resultado es por lo que en el texto de los derechos del niño se cita el concepto de perfectibilidad, para ahuyentar la decepción que pudiera surgir al considerar la educación limitada forzosamente por la disminución de facultades o perturbación de las mismas, que lleva aneja la inadaptación. Así, pues, se dice en el texto: *El niño inadaptado tiene derecho a toda la educación y el mejoramiento de que sea capaz. A la noción de «educabilidad» debería añadirse la de «perfectibilidad».*

Esta matización viene a confirmar que el inadaptado o deficiente, cualquiera que sea su grado, es susceptible de mejorar y perfeccionar su torpeza o trastorno si se emplean con él las actuaciones pedagógicas convenientes. Y esta idea de perfectible no sale dañada como la de educable, al ser comparada con las posibilidades del niño normal.

No hay lugar a la desconfianza de los recursos educativos por comparación con las posibilidades de los preparados farmacológicos impuestos por el tratamiento médico, si el niño lo requiere. La actuación medicinal va enderezada a la parte corporal para disponerla en buen estado, si lo tiene deficitario o desarreglado, y en cuanto que logra su objetivo, cuando lo logra, deja de actuar definitivamente. La actuación psicopedagógica va más lejos a través del contacto personal, de la convivencia con el inadaptado durante días, meses y años; no se hace del inadaptado o deficiente una persona relativamente semejante al normal, capaz de emplearse en algún oficio u ocupación manual por medio de inyecciones, comprimidos o aparatos; es el adiestramiento de sus sentidos, la ejercitación continuada de sus miembros, el entrenamiento de sus facultades alteradas o deficitarias lo definitivo para alcanzar tal objetivo.

El fortalecimiento de la seguridad en sí mismo, en su propio valer, pequeño o grande, y el nacimiento del sentimiento humano, positivo en

la persona del inadaptado, es la que le rescata de manera radical del rango irracional e infrahumano que el abandono educativo le ofrece como única meta. Y esta labor de pedagogía curativa tiene como artífice a la persona humana, siendo tanto más valiosa cuanto más identificada esté con el valor de la educación y con su eficacia.

La adaptación del chico se dificulta notablemente si los padres no creen, no están convencidos del poder de la educación que le ha de conducir a la meta. Si no se da esta confianza es preferible no hacer nada y dejar hacer a quienes crean en ella. Pero, aun pensando que el deficiente o inadaptado pueda asistir a un centro de educación especial, hasta que lo haga, y simultáneamente con aquél, los padres están obligados a trabajar con su hijo para lograr una mayor y mejor recuperación.

2. *Prontitud en su comienzo.*—La educación adecuada exige que se coja tempranamente al niño; si es posible, desde el momento mismo en que se descubre la inadaptación o deficiencia, igualmente si ésta se inicia con la vida del niño que si tiene lugar en la edad escolar.

Es falsa y absurda la creencia, bajo todos los puntos de vista imaginables, de que el desarrollo evolutivo del pequeño irá obrando por sí solo la mejoría o recuperación, y que solamente verificada dicha evolución se acudirá a la educación especial, si no se ha dado la mejora espontáneamente. Este argumento está falto de base alguna, ya que siempre es necesario ayudar al niño en su evolución natural, incluso cuando es normal.

Por tanto, es completamente necesario atender educativamente al inadaptado inmediatamente que nos demos cuenta de su anormalidad; de otro modo, el periodo de tiempo que media entre su descubrimiento y el principio de su educación significa un caudal de posibilidades que se desperdician de las ya limitadas de por sí. Por otra parte, se inflige al niño una merma en su capacidad de actuación que, a veces, no se puede recuperar.

Si este periodo de tiempo, este compás de espera antes de decidirse por la educación del inadaptado es demasiado largo, cinco a seis años, puede ser tan pernicioso para él que le prive en el futuro de una recuperación con la que desenvolverse en la vida; de ello se lamentará y serán responsables sus propios padres, que voluntariamente le condenan a ser un desgraciado.

Para poner de relieve lo indispensable que resulta el comienzo temprano de la educación lo referiremos directamente a las deficiencias principales.

La necesidad de una educación temprana de los niños que sufren deficiencias sensoriales—ceguera, sordomudez, invalidez física de movimiento—no hace falta probarla con argumentos porque es evidente. Un niño con vista que la pierde por cualquier causa (accidente, enfermedad, etc.), pierde también la visión del mundo que le era

habitual hasta entonces, y necesita cuanto antes ser entrenado para volver a la independencia que gozaba antes de su pérdida. Si no se le quiere convertir en un ser inútil, próximo a la desesperación y personalmente derrotado, hay que reeducarlo en el instante mismo en que la enfermedad hace crisis.

Cuando es ciego de nacimiento, hay motivo sobrado para que su educación emplee con la vida misma, puesto que el aprendizaje será más lento y torpe al tener que prescindir, en sus primeras experiencias infantiles, de la formidable ayuda que supone la vista. Si se lleva a cabo esta educación inmediata, el niño, a pesar de ser ciego, podrá ir superando etapas normalmente, como lo hacen los niños videntes. El carecer de visión no es obstáculo que afecta globalmente el desarrollo personal, la inteligencia, afectividad y voluntad del pequeño pueden ser tan pujantes o más que cualquier otro niño poseedor de unos ojos espléndidos.

El niño sordomudo se encuentra en el mismo caso; si es de nacimiento, hay que compensar, desde la cuna, esas carencias de expresión y de audición, con ejercicios educativos que harán disminuir el *handicap* que su audimudez supone en la captación del mundo exterior, cosas y personas, con sus ruidos y lenguaje. No es que se le dé el habla y la audición que constitucionalmente tiene dañados, sino que se afinan hasta el máximo sus dotes de observación, que contrarrestan notablemente su deficiencia.

Pero aún es más grave el abandono o el retraso en el comienzo de la educación cuando hay restos de audición, como sucede en los hipoacúsicos, y se desaprovechan por no recibir las atenciones necesarias. Estos niños, que son mudos a la fuerza por falta total o casi total de la audición, pueden recuperar el habla mediante el adiestramiento auditivo, y, en cambio, lo pierden definitivamente por haber desperdiciado los primeros momentos en que había posibilidad de aprovechar los restos de función auditiva, único obstáculo de su función lingüística.

Respecto del deficiente motriz, es tan clara la necesidad de la educación temprana que resulta casi infantil exponerlo. ¿Qué diríamos de los padres que pasado un ataque de poliomiélitis, o la rotura de una extremidad, sufridos por un hijo suyo, le condenaran al estatismo continuado, una vez abandonado el hospital o sanatorio? Sencillamente, que eran los causantes de la ruina de su propio hijo al convertirlo, a sabiendas y para toda la vida, en un inválido al privarle del ejercicio oportuno que los músculos y huesos requieren para vencer la flacidez y anquilosamiento en un proceso evolutivo de rehabilitación. Y cuanto más pronta, continuada y perseverante es la reeducación motriz, tanto más aleja al pequeño de la triste imagen del carrito de ruedas o las pesadas muletas que a todos dan lástima; en muchos casos, la desidia de los que le compadecen es la que llevó al deficiente motriz a estado tan deplorable.

Igualmente acontece con aquellos otros niños que, por razones diversas, han sufrido la amputación o se han quedado inútiles de un brazo o una pierna y han de compensarlo funcionalmente, adaptándolo para el trabajo el uso de la contraria. Cuántos deficientes de este tipo podrían desempeñar otros trabajos distintos de los que ocupan hoy si una reeducación motriz apropiada hubiera ejercitado los miembros no dañados inmediatamente después de inutilizado el miembro activo.

No es sólo la limitación a que se les condena desde el punto de vista material o corporal, al atrofiarse el miembro convaliente por falta de ejercicio, es también la pena y el disgusto interior que se les acarrea porque su inteligencia es normal; con ello, la consideración de sus dificultades, no vencidas por falta de atenciones en el momento oportuno, les subleva interiormente y deja en ellos un pozo de amargura y tristeza, fáciles de descubrir para el que sabe ahondar en su psicología.

El deficiente mental tiene también necesidad perentoria de que le eduquen precozmente y esto por dos razones principales: la primera porque, en razón de esa ejercitación temprana puede haber, y de hecho se da, un mejoramiento de su mentalidad en cuanto a hacerles más conscientes de sí mismo y de sus actos, y como preparación para una posible instrucción, aunque sea muy elemental y limitada.

La segunda razón, que exige la pronta dedicación educativa al deficiente mental, es la de que hay una edad óptima para el aprovechamiento máximo de estos niños; y, si este período de tiempo se acorta o se deja pasar, se ha desperdiciado la ocasión de actuar con posibilidad de éxito y de fruto. De los seis a los dieciséis años es el lapso de tiempo excelente para trabajar en la reeducación del deficiente mental y prepararle para que se inicie laboralmente y pueda abandonar la postura de parásito, tan frecuente en este tipo de inadaptados, bien a pesar de muchos de ellos.

Si el deficiente mental aparenta a los seis años de edad física la mentalidad de un niño de dos o tres, la educación temprana comenzada a esta edad, le previene contra el aumento de ese retraso, que será seguro, si no se le educa; pero, además, se le pone en condiciones superiores para mejorar el estado general de su persona, porque ese entrenamiento despereza sus facultades en el momento en que son capaces de poder entrar en acción.

Ya hemos sostenido en repetidas ocasiones que es mucho más caro y sin fundamento sostener multitud de centros asistenciales para albergar a deficientes mentales adultos, inutilizados por falta de educación temprana en su infancia, que facilitar el tratamiento educativo exigido por el deficiente mental en la edad en que hay posibilidades ciertas de recuperación. Y además del ahorro económico, el caudal de bienestar humano

es, en ambos casos, completamente distinto. Frente al deplorable amontonamiento de seres inútiles, susceptibles solamente de vegetar, la imagen alegre del deficiente recuperado, según sus capacidades limitadas, que trabaja en lo que está dentro de su alcance y lleva una vida feliz.

Hacia estas dos metas reales conducen al deficiente mental el haber carecido o el haberse beneficiado de una educación adecuada desde su más temprana edad.

La educación temprana respecto del niño inadaptado o difícil. Tampoco resulta oscuro comprobar la necesidad de actuar inmediatamente en el momento en que empieza a manifestarse la inadaptación caracterial. En efecto, nadie ignora que lo surgido en los primeros momentos como algo anómalo, si se continúa sin corregir durante algún tiempo, llega a hacerse habitual y a resultar fácil por la automatización que supone la repetición de los actos.

Como la mecanización de estos actos anómalos, de rebeldía, terquedad, retraimiento, etc. implica una disminución progresiva de la conciencia de los mismos, su realización progresiva desplaza la reflexión que pudiera darse en el momento de su ejecución. El chico que comienza a ser rebelde, agresivo, mentiroso, ensimismado, etc. y no es prontamente reeducado, se aclimata y se afirma en esa conducta desajustada, convirtiendo esta actuación seguida en una nueva vida que arraiga en él rápidamente.

Como el núcleo de la inadaptación del niño difícil está no en el déficit intelectual o sensorial, sino en la actuación o comportamiento disarmonico en conflicto con las personas y con el ambiente, si la educación no llega a tiempo en que han comenzado a mostrarse esas perturbaciones o anomalías, es muy difícil desarraigarlas después de cierto tiempo y, en todo caso, cuesta más y el resultado será menor en amplitud y profundidad. Pero, además, la conducta que en un principio era chocante y fácil de volver a normalizarse, porque no se había repetido demasiado, resulta después habitual y familiar porque la repetición lo facilitó.

Las dos consecuencias de la demora en la reeducación del niño difícil o problema son: por una parte, *la gran dificultad y resistencia que se encuentra al comenzar más tarde de lo debido, para restaurar el desequilibrio o desajuste del niño;* en segundo lugar, el que por no haber llegado demasiado tarde, *la habituación del muchacho a los actos antisociales le convierten en predehinciente, hallándose próximo a la intervención de los servicios tutelares.* Y no queremos con ello exagerar la nota, pues los casos de la vida diaria nos pondrían de relieve cómo vemos aún de color de rosa la realidad de estos problemas.

En resumen, *la prontitud en el comienzo de la reeducación es el factor determinante de los aspectos cuantitativo y cualitativo de la recuperación del inadaptado o deficiente de cualquier*

tipo; es decir, del «cuánto» y del «cómo» se adapta a la vida normal.

3. *Paciencia en la actuación respecto del niño.*—Es la tercera de las premisas en que se apoya el éxito de la reeducación; paciencia que no quiere decir una estúpida espera, un aguantar hasta que Dios quiera, y el niño reaccione, ni muchísimo menos.

Ser paciente con el inadaptado, mientras se educa, cuando se convive con él, significa que se tiene una noción comprensiva del tiempo a invertir con él y por él; que se deja a un lado el hacer muchas cosas deprisa, de cualquier manera, sin dejar de tener prisa, para que el chico haga cosas siempre. En otros términos, y de modo especial en los deficientes mentales, el ritmo de actividad en el aprendizaje de algo es lento y no hay que apresurarlo más de lo que él puede rendir; si queremos que el inadaptado progrese a nuestra velocidad, no sólo no hacemos nada por él, sino que le perjudicamos, porque la rapidez nuestra no es paralela a la suya.

El hecho de que tarde en aprender una cosa no debe hacernos desesperar de que llegue a dominarla; lo hará, pero en el tiempo que él necesita para reforzar y fijar el hábito, pues la mentalidad deficiente no posee la asimilación reflexiva y la suple con la ejecución de los actos un número de veces considerablemente mayor.

Si la actitud de los padres es pacientemente comprensiva, el niño se siente alentado en la realización y, como esto le satisface, encuentra más facilidad en su obrar. Por el contrario, cuando observa señales de impaciencia en sus familiares, aunque no pronuncien palabra alguna, se origina en él una tensión emocional angustiosa al chocar en el mismo momento la incitación a la prisa de los de alrededor y la necesidad de más tiempo para la ejecución. En esta situación, el niño está más torpe, más inseguro, no acierta a coordinar sus movimientos y empieza a sentir disgusto en la realización de lo que tiene entre manos; actitud negativa que le acarrea el fracaso ante los que le rodean.

Y lo peor es que este estado negativo de insatisfacción se reaviva cada vez que intenta ejecutar el acto frustrado por la prisa de los que le educan, llegando, en ocasiones, a hacerse tan profundo que el chico abandona para siempre el esfuerzo para conseguir realizarlo. Se olvida con demasiada frecuencia el valor estimulante de la resonancia afectiva como motor de las acciones y, en los inadaptados más que en ningún otro tipo de niños, la afectividad es el resorte poderoso que se ha de pulsar para echar a andar su personalidad en todos los aspectos posibles; y da resultados sorprendentes.

Si se ignora o se soslaya esta faceta afectivo-emocional, que, positivamente espoleada, facilita notablemente la educación del pequeño, se corre el riesgo de anular todas las posibilidades o las más principales, cuando se provoca en el inadaptado un sentimiento negativo de sí mismo. Y la

prisa o la impaciencia es uno de los factores que malogran la eficacia y el resultado positivo de la reeducación. No se crea que la paciencia se manifiesta dejándole al muchacho sólo en sus tentativas, una vez que se le mostró cómo obrar; esto no es paciencia, es desidia, porque no se le ayuda.

Una persona es paciente con el muchacho mientras se le reeduca cuando, después de iniciarle en un principio para que él sepa cómo ha de trabajar, le deja actuar, pero le sigue, sin que el niño se percate; y, al comprobar que el chico se esfuerza varias veces sin alcanzar el éxito perseguido, se vuelve hacia él y le señala de nuevo cómo ha de hacer para salvar la dificultad que ha encontrado repetidas veces. Y, volviendo a dejarle sólo, le sigue observando para convenirse de que salvó el error. Por último, cuando el pequeño ha superado los obstáculos (en el tiempo que haya sido necesario, sin forzamiento ni prisa), la persona que le siguió en sus actividades y vicisitudes le felicita por el éxito.

Entonces, la repetición gustosa y muy agradable para el deficiente, le llevará horas entretenido en la ejecución de lo que ha comenzado a dominar, durante las cuales ya no hay necesidad de preocuparse directamente de él, sino alentarle de cuando en cuando, con palabras cortas, pero efusivas. El niño está, debidamente satisfecho; por una parte, porque aprendió a ejecutar algo, aunque sea muy poco—no olvidemos que la reeducación verdadera es un conjunto de muchos pocos, conseguido poquito a poco—; y de otra, porque ve en nosotros el contento o alegría de su adelanto. Y esto lo ha logrado porque no hemos sido apresurados con él, ni cuando estaba delante de nosotros, ni en las manifestaciones hechas por nosotros a los demás, cuando él no se encontraba presente.

El hablar de paciencia asusta a muchos padres y personas, que la consideran como una esclavitud muy prolongada respecto del niño inadaptado. Nada más inexacto: es la paciencia la que tiraniza a los familiares y los mantiene siempre preocupados y a disgusto. Unos minutos de verdadera paciencia al principio, van seguidos de unas horas totalmente libres y a plena satisfacción, durante las cuales la persona que se empezó a ocupar del pequeño está sin preocupación alguna. Estos minutos de labor francamente positiva en la personalidad del niño le predisponen al gusto por el trabajo, le hacen resistente a la fatiga mientras lo repite y le impulsan a trabajar, porque ya lo sabe hacer solo y lo quiere hacer a sus anchas. El ejercicio continuado lo afirma en el hábito y el tiempo que invierte en ello deja en plena libertad a los familiares para entregarse a otras tareas sin que el niño les moleste.

La impaciencia porque avance en los primeros momentos de cualquier acto, por simple que sea, acarrea al chico un disgusto interior hacia todo lo que le irrita y exacerba; todo le cansa, porque

nada sabe hacer con apresuramiento y el fracaso total o parcial le origina desgana en el trabajo; y no aprende ni se entretiene a solas porque sus familiares, con su apremio, no le dejan que sienta ni experimente la satisfacción del esfuerzo vencido.

Naturalmente, los padres participan de la misma irritación y cansancio, ya que no se ven libres en ningún momento y han de atenderle y soportarle directamente todo el día; esta situación no produce ningún fruto para la educación del niño y acumula obstáculos cada vez mayores para su recuperación.

Que no es corriente considerar la paciencia en el sentido que la hemos expuesto nos lo demuestra la admiración y el asombro que asoman a los ojos de muchos padres, al contemplar cómo se desenvuelven con toda naturalidad los grupos de deficientes mentales, a lo largo de dos o tres horas de clase, sin roces ni conflictos y sin que la persona que dirige sus trabajos dé señales de irritabilidad o desesperación. La exclamación general es: «Cuánta paciencia tiene usted que tener para trabajar con quince, si yo no puedo con el mío ni una sola hora».

Y no saben que *la paciencia verdadera es muy económica en el gasto de energías*, lo mismo por parte del niño que de la persona que se ocupa de su educación. Mientras que *la impaciencia las derrocha inútilmente*. Puede ser que para ellos la paciencia signifique el esperar pasivamente ante el pequeño, con los brazos cruzados, a que se opere el milagro, postura equivocada e inadecuada en reeducación.

4. *Perseverancia en el esfuerzo educativo*.—No hay fruto maduro en la tarea de reeducación si, junto a la paciencia en la actuación, no se da la continuidad en el esfuerzo iniciado. Aun a riesgo de parecer un tratado de moral, la actitud perseverante es necesaria para el que está en contacto con niños inadaptados o deficientes.

El cansancio es un peligro que debe rechazarse porque corta en flor un camino sabiamente emprendido; conozco personalmente los esfuerzos reiterados que es preciso desarrollar para conseguir un resultado relativamente pequeño y sé también el deseo profundo que cosquillea el interior de la persona que reeduca para abandonar esos esfuerzos que van enderezando lentamente la personalidad del inadaptado.

Es el desaliento ante el pequeño o imperceptible éxito lo que destruye o mina el deseo de continuar; es el encontrar, en momentos de poco entusiasmo, casi injustificado, el seguir esforzándose, y digo casi, porque jamás puede quedar sin justificación cualquier acto que se realice en favor del que está en desventaja frente al normal. Incluso en estas ocasiones el mantenerse firme sin desmayo, aun cuando sea por inercia en el primer momento, trae consigo la comprobación de que, a pesar del estacionamiento o parón del muchacho, la superación de jalones en el aprendizaje o entrenamiento sigue adelante; esta con-

firmación crea una situación de alivio, levanta el ánimo desesperanzado y la perseverancia se asienta, estimulando al educador a seguir adelante.

La experiencia de estos altibajos accidentales afianza la postura perseverante, que juega un papel decisivo a lo largo de la educación especial. Si el muchacho ve decaer a la persona que ha de darle seguridad a sí mismo, que le ha de proporcionar firmeza en el obrar, él, que aún está por recuperarse, volverá para atrás irremisiblemente. Y mientras desanda el camino pierde el tiempo que necesitaria para seguir adelante.

Esta actitud indesmayable reviste importancia capital cuando se trata de reeducar niños con dificultades de carácter, niños-problema. En efecto, todo el núcleo de la recuperación de estos pequeños reside en el fortalecimiento de su voluntad para desviarla de la arbitrariedad cambiante de una vida caprichosa, y, al mismo tiempo, de la actividad e indolencia a que les somete la abulia o falta de voluntad. Este fortalecimiento no se consigue más que a través de un ejercicio continuado.

Y como las perturbaciones de carácter tienen mucho de variables, la persona o familiares que acometen la tarea de estabilización del equilibrio del niño han de tener presente que la falta de continuidad en la labor iniciada acaba con los progresos alcanzados hasta el momento. Si el muchacho ve titubear o desdecirse a los que tratan de enderezarle, de arrancarle de esa postura difícil, es en vano que esperen del niño adelanto y eficacia, pues han perdido ante él lo que le haría avanzar; esto es, la seguridad en la línea de actuación y la fidelidad al seguimiento de una norma.

A fin de cuentas, la adaptación del chico se logra a través del contacto personal, de la convivencia con los padres y familiares, que le han de aportar lo que él necesita alcanzar: seguridad en el obrar, estabilidad y equilibrio en las acciones, satisfacción afectiva que favorezca el sentimiento positivo de sí mismo. Y esto no puede aportársele de forma anárquica, según las apertencias del momento, sino a través de una situación constante y sistemática, acomodada a la personalidad del niño, que desconoce el cansancio, que no justifica la excepción.

5. *La actividad u ocupación del inadaptado*.—La inactividad, el estar ocioso, es muy pernicioso para toda clase de niños deficientes e inadaptados como para cualquier niño normal, pero, sobre todo, para los primeros.

El que un inadaptado debe estar activo no significa que se mueva como una ardilla de un lado para otro sin utilidad alguna, sino que esté ocupado manual o intelectualmente (esto último solamente posible en inadaptados con inteligencia normal). Un juego o trabajo manual recreativo, cualquier tarea interesante para él resulta triplemente educativo; le aleja de pensar en su inadaptación, como sucede en muchos deficientes

sensoriales; le ejercita en lo que realiza, mejorando las facultades y sentidos empleados en el trabajo, y, además, mientras está ocupado, se siente satisfecho y no molesta a los de alrededor. El niño inactivo está descontento siempre, se irrita con frecuencia y su energía y tendencia a la acción, sin salida posible, se descarga en conflictos con los demás.

Los actos de la vida diaria, individuales o en cooperación con la constelación familiar, proporcionan multitud de ocupaciones en las que puede emplearse de lleno el inadaptado, actividades que, incluso, se convierten en medios importantes de reeducación cuando se trata de deficientes mentales.

EFFECTOS MEDIATOS DE ESTOS PRINCIPIOS BASICOS

Por la serie de notas o principios que hemos expuesto sucesivamente, la reeducación, si se verifica eficazmente, constituye un medio formidable de autoeducación personal; las precauciones y requisitos que es necesario observar, si no se quiere convertir el éxito en fracaso, actúan mediatamente sobre las personas que las llevan a cabo. Y ello no sólo porque todas las actuaciones positivas de éstas han de ser captadas por el pequeño, sino porque el inadaptado, en el curso de su recuperación, coloca a sus familiares y educadores en situaciones conflictuales en las que habitualmente se pierde la calma, el control emocional deja paso a la exacerbación y sobreviene un choque, que se resuelve en castigo del niño, justa o ligeramente impuesto por los mayores.

En el caso del deficiente mental, las situaciones límite o de prueba están generalmente circunscritas a la falta de paciencia ante la torpeza, lentitud y fracasos repetidos por el niño en los primeros momentos de su educación. Cuando se trata de inadaptados caracteriales, los momentos cruciales que necesita vencer la persona que reeduca, o los padres, son los relativos al enfrentamiento directo con el niño, de persona a persona, en actitudes de cinismo, negatividad, agresión, etc.; situaciones difíciles de contener una reacción violenta hacia el niño que echaría todo a perder; contención necesaria a toda costa para oponer un frente de calma, de equilibrio al muchacho. Este, en presencia de esta firmeza de reacción, se queda perplejo, titubea y se rinde, abandonando paulatinamente su postura anómala.

El niño difícil no consiente un fallo en la persona que le reeduca; la pérdida de los estribos ante el pequeño que aún está en el principio de su recuperación, le muestra a éste cómo la persona que él creía firme para apoyar en ella su inseguridad y combatirla, es tan débil como él y se deja arrastrar de los impulsos primarios como a él le sucede; su imagen queda desvalorizada para obrar una reeducación eficaz.

Lógicamente, el ejercicio necesario para reaccionar adecuadamente ante estas situaciones de hecho que se suceden da lugar a la adquisición de un autocontrol, de un dominio de sí y equilibrio personal nada despreciables, resultado mediano simultáneo a la tarea de reeducación del pequeño, meta principal de todos los esfuerzos empeñados.

RESUMEN

La recuperación de inadaptados obedece a unos principios fundamentales que deben ser observados escrupulosamente por los padres si desean obtener el mayor fruto posible de la reeducación de su hijo:

1.º Estar convencidos plenamente de los esfuerzos educativos que realicen; es un hecho comprobado que llega más lejos y se recupera más profundamente el niño que ha sido atendido por sus padres cuando éstos creen firmemente en la posibilidad de mejora personal.

2.º Comenzar la educación lo más pronto posible, para evitar que se pierda el mayor y el mejor tiempo por descuido, ignorancia o error; no hay que olvidar que las posibilidades de perfeccionamiento del inadaptado son mayores cuanto más tierna es su edad. Además, la prontitud en el comienzo evita el aumento en el grado de inadaptación y facilita una educación más amplia y duradera; la naturaleza por sí sola no hará nada.

3.º Emplear la paciencia con el inadaptado es liberarse de la dependencia continuada del mismo. Paciencia no es pasividad ni dejar hacer, sino actuación regular ajustada al ritmo de actividad del niño, para que sea capaz de actuar progresivamente solo. La prisa impaciente estorba la educación, sumerge al niño en la inseguridad y en la angustia y esclaviza a los padres, porque en estas condiciones el niño no podrá hacer nada solo. La paciencia economiza energías y la impaciencia las gasta inútilmente.

4.º La actitud perseverante es el factor indispensable para que una educación bien empezada no se derrumbe o estacione. La ruptura de la actitud paternal por cansancio o fatiga supone una detención de la actuación familiar a la que el inadaptado estaba acostumbrado. Este fallo invalida lo anterior y no es comprendido por el inadaptado, que tarda en fijar una norma estable para su actividad personal.

5.º El inadaptado debe estar ocupado constantemente. Mientras se ocupa en cualquier tarea ejercita sus facultades, deja libre a sus familiares para realizar otras tareas; por otra parte, se favorece el bienestar del niño al experimentar en su trabajo el sentimiento positivo de que sirve para algo. La inactividad es pernicioso para su recuperación.

6.º El niño debe ser considerado globalmente,

cualquiera que sea su inadaptación. Toda mejora que se realiza en un aspecto determinado repercute en el mejoramiento total de la personalidad del niño, ya que todas sus funciones están coordinadas y forman una unidad.

Los principios enumerados alcanzan por igual a todos los inadaptados, pero algunos de ellos resultan extraordinariamente importantes en los difíciles o niños-problema, pues la clave de su re-

educación está en el juego de actuaciones personales de los que conviven con ellos.

La necesidad de actuar adecuadamente y siempre en el momento oportuno, exigida por la recuperación del niño inadaptado, proporciona a los padres y personas que realizan esta labor ocasiones óptimas de autoeducación y dominio de sí mismos, con lo que el esfuerzo educativo se ve compensado doblemente.

La educación manual

ANTONIO ALCOBA MUÑOZ

Profesor de la Escuela de Magisterio de Santander

EL SEGUNDO ORGANNO

Si tuviéramos que simbolizar de una manera intuitiva el proceso de la educación, no encontraríamos imágenes más perfectas que el ojo y la mano. El ojo, la cúspide de nuestros sistemas receptivos, representante mismo del conocimiento, vehículo de la apropiación mental de lo exterior, de lo otro que yo. Existe toda una simbología que recoge cuanto se relaciona con este órgano, convirtiéndolo en cifra del saber. Así, por ejemplo, la luz y sus fuentes estelares. O, en un plano más humilde, el temblor de la lámpara a cuyo conjuro emergen las formas como existencias arrancadas a la nada oscura de la noche. Una larga simbología, con un momento espléndido en los mitos platónicos, en toda la obra de Platón, en que se define a los filósofos como filoseamones —φιλοθεάμων— o amigos de mirar, que se extiende desde lo más sagrado a lo puramente profano. Imagen que dió nombre a una época entera de la historia y que ha ilustrado a través de un sinfín de alegorías ópticas las experiencias y teorías místicas de todos los tiempos. Lo luminoso se ha entendido siempre como un señalado síntoma de vivencias cognoscitivas excepcionales. A eso se debe que algunas de las grandes figuras de la historia recibieran de sus seguidores el nombre que en sus lenguas significaba «iluminado». Otras veces tenemos la declaración expresa de esos mismos personajes de haberse

sentido así, súbitamente iluminados, en los instantes decisivos.

Pero si es el ojo la quintaesencia de lo receptivo, de la concepción y el conocimiento, es la mano la expresión misma de lo reactivo, de la creación, de la manifestación personal.

Ojo y mano representan dos actitudes humanas fundamentales que vienen definidas por su dirección. Una, en la que el mundo exterior viene a nosotros; la otra, aquella mediante la cual intervenimos y modificamos ese mundo circundante. Se corre el peligro de confundir estas dos actitudes con otras dos—activa y pasiva—, hasta el punto de hacer residir en ellas su centro de gravedad respectivo. Es una confusión que, en el plano pedagógico en que ahora nos hallamos situados, ha llevado a consecuencias graves. En contra de lo que admite una creencia muy extendida, la verdadera contemplación es eminentemente activa. El mismo error de identificación podemos observar en los procedimientos manuales. Equivocadamente se había creído que los ejercicios prácticos, los diálogos, los proyectos y realizaciones manuales son de suyo, sin más ni más, *activos*. De ahí el formalismo, la mecanización, la inercia, la trivialidad que han traído el descrédito de muchas de estas técnicas. El movimiento no es la acción, y muchos métodos que se califican de «activos» no son otra cosa que un ritual de ademanes y manipulaciones carentes de todo sentido, y en su entraña más auténtica, algo pasivo. Es asombroso hasta qué punto